

LA AMERICA POR DESCUBRIR

Mario Benedetti *

A sólo cuatro años del tan publicitado 1992, la celebración del V Centenario aparece rodeada de implicancias, presiones e interpretaciones varias y aunque ya, afortunadamente, no es mencionado el Día de la Raza sino de la Hispanidad, y tampoco se lo vincula al anacrónico concepto de Madre Patria, igual sigue convocando antiguos fantasmas y paternalismos.

Es indudable que el 12 de octubre es una fecha de relieve histórico, ya que sirvió para comunicar dos mundos que se ignoraban. Es preciso recordar, sin embargo, que la comunicación tuvo consecuencias trágicas para los pobladores autóctonos de un continente que vino a llamarse América.

En cierto sentido es explicable que España, o al menos sus sectores más conservadores, lo celebren, ya que 1492 significó el comienzo de su Imperio; no parece en cambio tan explicable (como de alguna manera esos sectores lo reclaman) que los hispanoamericanos acompañemos a España en tal celebración.

No debe olvidarse lo que aquella larga primera etapa de colonización representó en cuanto destrucción de las culturas precolombinas, tal como fue testimoniado con ejemplar honestidad por Fray Bartolomé de las Casas y tantos otros viajeros españoles, posteriormente acusados de fabricar una leyenda negra.

A los españoles que hoy parecen tan dispuestos a celebrar con la mayor de las pompas el comienzo de su Imperio, habría que preguntarles: ¿cómo les caería si en 1998 los hispanoamericanos nos dispusiéramos a celebrar el fin de ese mismo Imperio y les reclamáramos que nos acompañasen solidariamente en el festejo?

Por otra parte no estoy de acuerdo con la palabra *descubrimiento*, ya que en realidad América fue descubierta (mucho antes de ser así nombrada) por sus primitivos pobladores, y en todo caso fueron los aborígenes quienes descubrieron a los Conquistadores, y por cierto no debe haber sido un descubrimiento demasiado agradable. El actual Rey de España usa, con más sensatez, la denominación *Encuentro de dos Culturas*, pero habría que agregar, como bien ha señalado el escritor guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, que más que un Encuentro aquello fue un encontronazo.

Fue necesario que transcurrieran 45 años tras el llamado descubrimiento, para que la cultura invasora reconociera que los indios eran *personas*, poseedoras de alma y de razón, pero mientras tanto hizo lo posible y lo imposible para destruir la formidable cultura que incluía aspectos muchas veces más progresistas y más humanos que la de sus depredadores.

Después de todo, el legado verdaderamente extraordinario que nos dejó la aventura de Colón, es la hermosa y riquísima lengua que hoy, gracias también al aporte de la América Hispánica, es hablada por más de trescientos millones de habitantes de la tierra.

No obstante, tengo la impresión de que quienes hoy dirigen y organizan la gran parafernalia de 1992 se precupan mucho de la América que reclaman haber descubierto y muy poco de la América que aún queda por descubrir. Si de algo puede servir la conmemoración del 92, es para establecer una verdadera y saludable relación entre los pueblos de España y los de sus ex-colonias.

* Uruguayo, narrador, poeta y ensayista, autor de "Gracias por el fuego", "La Tregua", "Primavera con una esquina rota" Premio Casa de las Américas.

En verdad fue todo un agüero que el mismísimo Colón, al describir su primer encuentro con los arruacos (indígenas de Guanahaní, la isla por el descubierta el 12 de octubre de 1492), anotara en su diario: "mas me pareció que era gente muy pobre de todo". Casi cinco siglos después, la mayor parte de los habitantes del continente entonces descubierto sigue en esa indigencia. No obstante, en América la nuestra, los colonizadores recogieron oro en abundancia descubrieron el caucho, el tabaco y el chocolate; de aquí llevaron la papa o patata. Varias metrópolis disfrutaron copiosamente de esos trasiegos.

Cabe señalar que si bien Norteamérica ya ha sido holgadamente descubierta por los europeos en general, y por los españoles en particular, la América de abajo, esa que el arrogante Nomenclátor del Norte suele definir como el subcontinente, está en gran parte por descubrir.

Para la cabal interpretación de ese panorama social que tan distante y enigmático resulta a muchos europeos, qué útil sería que algunos de los comentaristas que desde su respetable confort juzgan con intolerancia revoluciones y hambres ajenas saltaran un día sobre la imponente valla de las agencias internacionales de noticias y se internaran en la tremenda realidad del continente mestizo, hasta compenetrarse con sus penurias, sus urgencias, sus posibilidades efectivas, sus rencores ancestrales, sus frustraciones en cadena, sus heridas no cicatrizadas, sus descreimientos, su desesperanza, y, en definitiva, su capacidad de insurrección. Quizá así se enteraran (para su tranquilidad) de que esas masas explotadas, asediadas, y famélicas jamás han oído hablar de Marx ni de Lenin, pero sí en cambio conocen de memoria a la United Fruit Company (*la Mamita Yunai* denunciada en 1941 por el novelista costarricense Carlos Luis Fallas).

Por lo general, el juicio sobre la América del subdesarrollo tiene en cuenta las dictaduras militares, la represión desenfrenada, el envilecimiento de la tortura, la institución de los desaparecidos, el genocidio. Pero en la América

nuestra hay también una disponibilidad de inteligencia, de tesón, de trabajo, de solidaridad, de imaginación, que todavía está por descubrir, al menos en Europa.

En Estados Unidos sí la conocen, pero el inconveniente es que no les gusta. Digamos que es un desamor correspondido. Por otra parte, uno tiene la impresión de que en Europa (incluida España) se conforman con la versión norteamericana. De ahí que cuando escuchamos o leemos lo que se dice de bueno, y sobre todo de malo, acerca de nuestros hábitos, nuestras tradiciones, nuestras luchas, tenemos la impresión de que se refieren a otro continente, a otra realidad. Tenemos virtudes, pero generalmente son otras; tenemos defectos, pero también son otros. Somos tercermundistas, pero no lo consideramos una tara congénita, ni mucho menos una vergüenza, sino más bien una consecuencia de cómo nos ha tratado el Primer Mundo.

Hoy día, cuando se quiere descalificar a alguien, se ha puesto de moda en la Prensa española el calificativo de *tercermundista*. Decir de un intelectual o de un partido político, que es tercermundista, es compendiar en una sola palabra todo un cortejo de descréditos: es decirle que es ineficaz, desordenado, caótico, perezoso, etc. Si el calificativo es adjudicado a un hecho político o a un gobierno, querrá significar que es despótico, arbitrario, represivo, de indiscriminada violencia, inclinado a la tortura.

Tanto y tan a menudo se golpea con el fácil adjetivo abarcador que los latinoamericanos nos hemos visto obligados a reexaminar nuestra identidad. Y lo primero que admitimos es que muchas de las etiquetas que le cuelgan a esta región enorme corresponden efectivamente a la realidad, y no estaría mal que pagáramos a escote nuestros yerros y deslices. Sin embargo, no estoy convencido de que el Tercer Mundo sea inexorablemente el inventor de tales achaques. Habría que decir, por el contrario, que mucho de nuestro *tercermundismo* es de cuño *primermundista*.

Soportamos diversas modalidades y refritos del fascismo, es cierto, pero no tenemos el mérito de haber inventado esa doctrina autoritaria y ahí están Mussolini, Hitler y otros nombres fundacionales. La tortura es, sin duda, una presencia infamante en muchos países, pero a esta altura América Latina ha perdido la ocasión de patentarla; los reclamos serían abundantes, desde la veterana inquisición, sobriamente borrada de la memoria eclesiástica, hasta por los campos de exterminio de Auschwitz y Buchenwald, sólo superados por el gran horno crematorio de Hiroshima, democráticamente encendido por Harry S. Truman, nada tercermundista él. La América Latina está plagada de dictadores, pero ninguno de ellos llegó a una antigüedad en el poder comparable a la del general Franco.

Por otra parte, si buena parte de nuestro *tercermundismo* es de signo *primermundista*, no es menos cierto que una importante cuota de nuestro subdesarrollo es de consecuencia de desarrollo ajeno. El envidiable nivel de vida alcanzado en un pasado cercano por los Estados Unidos y algunos países europeos de mayor desarrollo, se debe probablemente a la planificada expoliación, pasada o presente, de otras regiones que hoy pertenecen al llamado Tercer Mundo.

En los países del Norte, la cota de desarrollo, a nivel interno, suele corresponderse con su acción subdesarrollante a nivel exterior. Y aunque no sean partícipes de la culpa ni responsables del saqueo, también las clases trabajadoras de los países desarrollados son beneficiarias indirectas de la depredación que sufren los países pobres. Quien quiera que se plantee con sinceridad la realidad económica del Tercer Mundo debe admitir que los altos salarios de, por ejemplo, Estados Unidos, existen en función de los bajos salarios de América Latina. O sea, que el célebre modelito de *welfare state*, es decir, la sociedad del bienestar, existe gracias al malestar de las grandes masas latinoamericanas.

Todavía en 1962, el impagable portugués Arnaldo Cortesao denunciaba la importancia que

se daba en las deliberaciones de las Naciones Unidas a los veintinueve votos africanos que "representan 245 millones de habitantes, *bárbaros en su mayoría*". En consecuencia, cuando a un español le colocan la peyorativa etiqueta de tercermundista, conviene que recuerde que, en otras cosas, le están diciendo bárbaro; pero también que ser bárbaro no es, después de todo, tan abominable, sobre todo si se recuerda que la picana y la silla eléctrica, el napalm y la bomba de neutrones, son muestras distinguidas de la civilización. Precisamente, sobre ese manejo agravante (particularmente, en el periodismo español) del adjetivo *tercermundista*, escribí no hace mucho esta décima:

España si algún cronista
te acusa de maniquea
torpe inculta pobre y fea
y al término de esta lista
te llama tercermundista
no digas un no rotundo
el riesgo no es tan profundo
y estás en buena compañía
seas bienvenida España
al ardiente Tercer Mundo

El mundo no comenzó en 1492 ni acabará en 1992. Ojalá que 1993, año del que nadie parece preocuparse, sea propicio para el comienzo de una vinculación fraternal, o sea sin paternalismos; con hechos reales y no simplemente con oratoria; con mutua solidaridad, para la que tenemos buenas razones aquí y allá y no con las etiquetas menospreciativas de *tercermundista* y de *sudacas*. Por fortuna, hay en España mucha gente que tiene sobre este problema una visión más generosa y más realista, y es precisamente en ella que la compleja realidad de la América Hispánica (o Ibérica o Latina, como gustéis) puede encontrar la mejor comprensión.

Creo sin embargo que España no estará en condiciones de valorar y apreciar la vida, el ánimo y las circunstancias de sus ex-colonias mientras sus intereses (económicos, militares, etc.) pro-norteamericanos tengan más peso que su solidaridad efectiva con la América

Hispánica. Existe en este rubro un desencuentro básico: es muy difícil, casi imposible, coordinar y llevar a cabo una verdadera cooperación con las sardinas a partir de una amistad entrañable con el tiburón. En tanto esta situación se mantenga (y no hay indicios de que vaya a cambiar a corto o a mediano plazo) la fraternidad tan mentada en los discursos celebratorios sólo será una figura retórica.

Del resto de Europa no esperamos mucho; de España, era lógico esperarlo. Ojalá que algún día zarpe una Pinta II, y cuando algún marinero (o piloto o cosmonauta, da lo mismo) descubra, por fin, una América inédita pero real, dé el aviso con salvas.